

Un defensor de las lenguas minoritarias

La megalomanía no consiste en creerse más que lo que se es, sino en creerse lo que se es.

Karl Kraus.

Iso Camartín

Trad. Pol Pérez

“Hace milenios, un rabino sabio evocaba el extraño ruido que hacían los árboles abatidos antes de que les hubiera llegado su hora. Ésta queja sin palabras no deja de dar la vuelta al mundo, y no se callará jamás.” Es Manès Sperber quién lo explica en un artículo escrito tras la muerte de Isaak Babel (1935). A día de hoy el lamento de los árboles abatidos prematuramente parece ser mucho mejor percibido que la lenta y silenciosa agonía de las lenguas. Supongamos –para seguir con la comparación– que las lenguas también tengan su período de crecimiento y su período de declive; que la evolución y el cambio lingüístico sean fenómenos naturales y finalmente ineluctables. ¿Pero quién podría dudar de la existencia, para las lenguas, de condiciones ecológicas favorables o perjudiciales? ¿Qué deberíamos pensar acerca de un hombre que en su entorno inmediato, emplea todas sus fuerzas en preservar una especie rara de saltamontes mientras que por otro lado defiende que el mundo entero se entienda de la misma forma? Ese irracionalismo está sin embargo muy extendido. Es posible tener la mayor de las solicitudes por la naturaleza, mostrándose como el enemigo acérrimo del monocultivo de la tierra, y al mismo tiempo, mostrar absoluta indiferencia ante la diversidad lingüística y los matices del pasado y comportarse como un acérrimo partisano de la monotonización intelectual.

Es a Stefan Zweig a quién le debemos la expresión de “monotonización del mundo”. Se elevó entonces contra una época en la que creía ver a París americanizarse y a Viena “budapestizarse”. La “caída en la uniformidad de las fuerzas exteriores de la vida” (7) no podría haber sido en su época más contundente que hoy. Zweig veía una “atrofia de los nervios en beneficio de los músculos”. A día de hoy, hace tiempo que incluso los músculos están afectados. Estamos convirtiéndonos en el plano espiritual a algo parecido a esqueletos. Pero el divertimento de nuestro equipo intelectual no suscita nuevos partidos políticos o grandes movimientos sociales. Más de uno que bajaría a la calle para el bosque que muere, se queda tranquilamente en su casa cuando es el espíritu el que está en peligro.

Ciertamente, no basta con acusar y lamentarse. Walter Benjamin escribió que “un saber que no conoce los medios de difusión de los cuales dispone, no sirve de mucho; a ojos de la verdad, esto no es un saber.” (III, 319) Quien reclama que se rescate a una cierta forma de existencia no debe conformarse con saber que quiere sobrevivir. Hay algo de presuntuoso, de brutal, en el deseo de sobrevivir en *Masa* y

Poder: “Todos los objetivos del hombre respecto a la inmortalidad recelan algo de éste furor de supervivencia. No queremos simplemente seguir siempre ahí, queremos seguir ahí incluso cuando los demás ya no estén. Cada uno quiere convertirse en el más viejo y saberlo, y si desaparece, quiere que nos acordemos de su nombre.” (*MasseundMacht*, 249) Sería una pretensión bien absurda si, insatisfechos con haber llegado hasta allí, quisiéramos sobretodo haber llegado de un cierto modo, si exigiéramos ser así y no de otra forma. Sin embargo, las mayores catástrofes en el ámbito del espíritu se producen cuando los hombres renuncian a querer “ser así y de ninguna otra manera”. Queremos en efecto sobrevivir a todo precio. ¡Quizás sería más importante el hecho de no vivir bajo un cierto precio!

El “cálculo de pérdidas” sería sin duda una mejor aproximación para expandir ésta forma útil del saber que la demostración que todo hombre se señala por las ganas de sobrevivir. Éste permitiría medir la importancia que puede tener para el individuo o para un grupo de personas, la parte de los caracteres específicos de su mundo familiar. Pero es más difícil de hacer que de exigir. ¿Cómo podríamos medir y evaluar tales pérdidas? ¿Cuánto pesa la capacidad de describir adecuadamente un mundo pequeño y pobre frente a la ganancia que representa el poder de utilizar un mundo grande y rico? ¿Qué controlador de los pesos y medidas podría hacer que la balanza se inclinase en favor de lo que es menos útil y menos necesario? ¿Están hechos los oídos de los hombres de tal manera que puedan entender el llanto del árbol que muere sin llegar a percibir los nombres y las palabras que desaparecen?